

RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel. *Olivares. Reforma y revolución en España (1622-1643)*. Madrid, Arzalia Ediciones, 2023 (319 págs.).

La obra *Olivares: reforma y revolución en España (1622-1643)* aproxima al lector a la figura de Gaspar de Guzmán más allá de la Unión de Armas o el fracaso de sus medidas legislativas. Su autor, Manuel Rivero, no busca ofrecer una nueva biografía sobre el conde duque de Olivares, sino ahondar en su faceta más moral y política. El punto de partida es el final de la vida política del protagonista. El 23 de enero de 1643, Gaspar de Guzmán salía del alcázar de Madrid para dejar atrás la vida cortesana, cargando a sus espaldas el fracaso de una política reformativa que durante tres décadas trató de aplicar a la Monarquía. ¿Fue un fracaso absoluto? No, según el autor de este libro, pero así lo hicieron ver sus detractores. El proyecto de regeneración moral de Olivares no consiguió cuajar en la sociedad del siglo XVII, a lo que se añadió la oposición de la Iglesia a ceder el control de la moral en manos de la Monarquía.

A través de un primer capítulo introductorio, Manuel Rivero presenta cuáles son sus intenciones con la obra y cuál será su hilo conductor: la polémica alrededor de la figura de Olivares. Se plantea un análisis que aborda la configuración e implantación de un modelo reformista basado en la moral en los diferentes ámbitos de la Monarquía, no solo se proyectaba sobre la Corte situada en Madrid, sino que abarcaba un gran conjunto de territorios. Este recorrido de casi tres décadas (1622-1643) es uno de los aspectos más reseñables de la obra, ya que permite ver a través de ejemplos, el intento de integración de lo que Manuel Rivero califica como revolución cultural dentro de los diferentes territorios que comprendían la monarquía de Felipe IV. La obra se estructura en tres grandes partes –casi podríamos dividirla por las tres décadas de poder de Olivares– en la que se nos muestran diferentes aspectos políticos, culturales y religiosos que explican, o al menos permiten reflexionar, sobre el éxito o fracaso de las políticas reformadoras de Olivares.

Así, la primera parte del libro se centra en analizar el ascenso del conde duque dentro de la política y corte, primero de Felipe III, y luego de Felipe IV. A partir de 1618, tras la caída del duque de Lerma, las redes de poder e influencia dentro de la casa real se vieron modificadas rápidamente. Entre los artífices de dichos cambios se encontraba Baltasar de Zúñiga, quien un año después instó a su sobrino, Gaspar de Guzmán, a regresar a Madrid y a inmiscuirse en los asuntos cortesanos. Los inicios de la década de 1620, sobre todo tras la muerte del rey y la ascensión al trono de su joven hijo, Felipe IV, se presentaron como la oportunidad para que tanto Baltasar como Gaspar desarrollaran a través de sus círculos su política reformadora. Durante estos primeros años, las medidas reformistas se centraron en la erradicación de la corrupción y la reestructuración del sistema de concesión de cargos y mercedes de la monarquía. Sin embargo, pronto se evidenciaron diferencias en los planteamientos políticos de ambos. Este punto resulta muy interesante, ya que nos permite apreciar las bases del pensamiento político de ambos personajes y cómo se fueron produciendo determinadas grietas que terminaron rompiendo el binomio tío-sobrino en 1622. Ese mismo año, fallecía Baltasar de Zúñiga y Olivares se convertía en el “dueño de todo”.

Para la segunda parte de la obra, Manuel Rivero nos trasporta a otros territorios más allá de la península ibérica. Ello permite analizar el grado de aceptación e integración que tuvieron las medidas promovidas por Olivares y su séquito. El autor se limita a centrarse en los virreinos americanos y a Japón para explicar cómo los virreyes se adaptaron a unas exigencias peninsulares que no fueron totalmente aceptadas. La lejanía de la corte de estos territorios fue uno de los elementos principales que dificultó la integración de las políticas reformistas. Es reseñable el

análisis que se hace acerca de la figura de los virreyes americanos, quienes, actuando como intermediadores entre las políticas de Madrid y la sociedad que gobernaban, intentaron una aplicación más o menos fructífera de las medidas reformistas de Olivares.

Evidentemente, en un libro que aborda las políticas del conde duque de Olivares no se deja de abordar la cuestión de la Unión de Armas. Manuel Rivero no se detiene en analizar los niveles de contribución de hombres o dinero que debían realizarse, sino que centra su atención en la incapacidad cooperativa que presentaron los reinos ibéricos, poniendo el foco en el ámbito portugués. Como señala Rivero, la Unión de Armas no buscaba la unión política o administrativa, sino una idea de cooperación conjunta siempre bajo la premisa de la defensa común de la Monarquía Hispánica. Esa falta de unidad podemos observarla en el caso de Bahía en 1625. La victoria frente a la flota holandesa constituyó un hito de orgullo para los portugueses, mientras que el resto de habitantes de la península ibérica (englobados bajo el concepto de “españoles” utilizado por el autor) no lo sentían de la misma manera.

La tercera parte se centra en las décadas de 1630 y 1640 con dos temas centrales: la guerra y la relación con la Iglesia. En la primera, las tornas cambian para Olivares. Las campañas militares exteriores no ayudaron al desarrollo de sus disposiciones reformistas de la monarquía y cada día eran más evidentes los fracasos en los intentos de pacificación. El año de 1635, con la declaración de guerra por parte de Francia, obligó a cambiar el discurso moralista para introducir tintes bélicos y providencialistas. La victoria de Fuenterrabía (1638) reforzó ese discurso, pero fue en vano, ya que la guerra contra otro soberano católico no auguraba un buen final.

El momento culmen del fracaso reformista se evidencia en el colapso de 1640 con las revueltas de Cataluña y Portugal. Rivero profundiza en la idea de que no se trató únicamente de un periodo de crisis y revueltas entre diferentes territorios, sino que supuso la pérdida de la identificación con el programa político de la monarquía, representada en el valido. La popularidad del valido estaba en sus niveles más bajos y su personificación como imagen de la monarquía, más allá del rey, llegaba a su fin. Tres años después del inicio de las revueltas, Olivares se retiraba del poder y días después, el propio Felipe IV asumía las riendas del poder. El proyecto político de Olivares no había prosperado o, al menos, esa era la sensación que se tenía.

El segundo tema de esta tercera parte aborda la relación con el papado. Si bien es cierto que podemos ver durante toda la obra la negativa de la Iglesia a la mayoría de las decisiones políticas de Olivares, es en este punto cuando más se profundiza en la relación con el papado. Urbano VIII no pretendía ser un papa belicista, sino que más bien abogaba por la negociación como la fórmula para la restauración de la cristiandad. Es muy interesante el cruce de memoriales entre las dos partes, en los que ambas se acusaban de mala praxis gubernativa, lo que demuestra que las relaciones entre ambas potencias atravesaban un momento tenso y delicado. Se trataba, a fin de cuentas, de una lucha por la hegemonía del control de la moral de los católicos.

En cuanto al epílogo, Manuel Rivero recoge algunas de las ideas principales de su obra, advirtiendo lo difícil que es estudiar la figura del conde duque de Olivares. Sus proyectos reformistas con tintes universalistas se encontraron con las tradiciones y costumbres de los reinos, reforzando la idea de que la monarquía era, en realidad, un agregado dinástico. El Olivares que se desprende de la lectura de estas páginas es una figura reformista y con una clara intención de transformación de las mentalidades de su época, elaborado todo a través de un discurso simbólico y moralista. Lo que, en palabras de Manuel Rivero, constituyó una revolución cultural.

Finalmente, *Olivares: reforma y revolución* no es únicamente un libro más sobre historia política. Su discurso permite al lector hacer un recorrido por diferentes ámbitos, como el po-

lítico y el bélico, pero también ver cómo los diferentes discursos se plasmaron en las artes y en la cultura. Todo ello constituyendo una fuerte arma propagandística. Sin olvidar, que el discurso religioso impregnó la cosmovisión imperante en la época. Una figura que deja todavía muchos aspectos abiertos al debate, como la cuestión que se aborda en el apéndice sobre el “Gran Memorial” y su autoría. Un análisis sobre su autenticidad y la atribución de la autoría a Olivares, sobre lo que seguimos sin tener una respuesta clara. Los argumentos de Manuel Rivero abren un debate que invita a reflexionar sobre esta materia y la figura del propio Olivares. En definitiva, el libro analiza diferentes ámbitos de la política y la cultura de la época, con el hilo conductor del conde duque, sobrepasando el ámbito de la biografía más tradicional. A través de sus páginas podemos trazar un análisis que va más allá de la península ibérica para comprender las reformas de Olivares y su intento de influir en la moral de sus contemporáneos.

SANDRA BOLUDA VERDURAS
Universitat de València